

LIDERAZGO Y “CULTURA GUÍA”*

LEADERSHIP AND LEITKULTUR

(FRÁNCFORT, 31 DE OCTUBRE DE 2010)

JÜRGEN HABERMAS

TRADUCCIÓN DE JUAN CARLOS VELASCO

Desde finales de agosto, Alemania ha estado perturbada por olas de excitación política en torno a la integración, el multiculturalismo y el papel de la cultura «nacional» como «cultura guía» (*Leitkultur*). Estos debates, a su vez, refuerzan las tendencias hacia el crecimiento de la xenofobia entre la población en general.

Estas tendencias no son nuevas. Estudios y datos de encuestas han mostrado durante años una hostilidad silenciosa, pero creciente, hacia los inmigrantes. Sin embargo, es como si repentinamente hubieran encontrado una voz: los estereotipos habituales se han trasladado de los bares a los programas de entrevistas, y de ahí a prominentes políticos que quieren atraer a potenciales votantes tentados por la deriva derechista. Dos eventos han dado lugar a una mezcla de emociones que ya no son fáciles de ubicar en la escala de izquierda a derecha: un libro de un miembro del Directorio del *Bundesbank* (Banco Central Alemán) y un reciente discurso del Presidente de la República Federal de Alemania (RFA).

Todo comenzó con la publicación en la prensa de los extractos más provocativos de *Deutschland schafft sich ab* («Alemania se deshace»), un libro que dice que el futuro de Alemania está amenazado por el tipo equivocado de inmigración que

* Este texto de Habermas fue publicado originalmente en inglés, con el título de “Leadership and Leitkultur”, en el *New York Times* (29 de octubre de 2010). Posteriormente, con pequeñas variaciones, fue publicado en francés con el título “L’Europe malade de la xénophobie”, en *Le Monde* (4 de enero de 2011). La traducción desde el inglés y la elaboración de las notas son obra de Juan Carlos Velasco

recibe, especialmente de la procedente de países musulmanes¹. En el libro, Thilo Sarrazin, un político del Partido Socialdemócrata que formaba parte de la Junta Directiva del Bundesbank, desarrolla propuestas de políticas demográficas dirigidas a la población musulmana en Alemania. Da pábulo a la discriminación contra esta minoría con investigaciones sobre inteligencia de las que extrae conclusiones biológicas falsas que, no obstante, han obtenido una publicidad inusualmente amplia.

En fuerte contraste con las espontáneas objeciones iniciales de los principales políticos, estas tesis fueron ganando apoyo popular. Una encuesta encontró que más de un tercio de los alemanes estaban de acuerdo con el diagnóstico de Sarrazin de que Alemania se estaba volviendo “en promedio cada vez más estúpida” como resultado de la inmigración proveniente de países musulmanes.

Después de respuestas poco entusiastas en la prensa por parte de un puñado de psicólogos que dejaron la impresión de que podría haber algo en estas afirmaciones después de todo, hubo un cierto cambio en el estado de ánimo en los medios de comunicación y entre los políticos hacia Sarrazin. Armin Nassehi, un respetado sociólogo, necesitó varias semanas para interpretar el carácter pseudocientífico de las estadísticas empleadas por Sarrazin. Tras publicar sus conclusiones en un artículo periodístico, demostró que Sarrazin adoptó el tipo de interpretación “naturalizadora” de las diferentes mediciones de inteligencia que habían sido científicamente desacreditadas en Estados Unidos hace ya décadas.

Pero este aporte de objetividad para desactivar las emociones llegó demasiado tarde al debate. El veneno que Sarrazin destiló al reforzar la hostilidad cultural hacia los inmigrantes mediante argumentos genéticos había echado ya raíces en prejuicios populares. Cuando Nassehi y Sarrazin se presentaron para un debate en la Casa de la Literatura en Múnich, se produjo como una especie de cerrazón en una audiencia principalmente de clase media, que se negó incluso a escuchar las objeciones a los argumentos de Sarrazin.

En medio de la controversia, Sarrazin se vio obligado a renunciar a la Junta Directiva del Bundesbank. Pero su marcha, combinada con la campaña contra la corrección política iniciada por la derecha, sólo ayudó a despojar sus argumentos más cuestionables de su carácter odioso. La crítica contra él fueron percibidos como una reacción exagerada. ¿Acaso la indignada canciller, Angela Merkel, no había denunciado el libro sin haberlo leído? ¿No estaba dando la vuelta al decirles a los jóvenes miembros de su partido (Unión Demócrata Cristiana, CDU) que el multiculturalismo estaba muerto en Alemania? Y el presidente de los socialdemócratas, Sigmar Gabriel, el único político destacado que respondió a las

1 Thilo SARRAZIN: *Deutschland schafft sich ab*. Múnich: DVA, 2010.

afirmaciones de Sarrazin con argumentos sólidos, ¿no se encontró con la resistencia de su propio partido cuando propuso expulsar al camarada no querido?

El segundo acontecimiento mediático inquietante en las últimas semanas fue la reacción a un discurso del recién elegido Presidente de la RFA, Christian Wulff. Como Ministro-Presidente de Baja Sajonia, Wulff fue el primero en nombrar a una mujer alemana de origen turco como miembro de su gabinete.

En su discurso a principios de este mes, en el aniversario de la unificación alemana, se tomó la libertad de reafirmar una idea común, que sus antecesores ya habían mantenido, de que no sólo el Cristianismo y el Judaísmo, sino “también el Islam era parte de Alemania”.

Después del discurso, el presidente recibió una ovación en el Bundestag por parte de los notables políticos puestos en pie que se habían reunido allí. Pero al día siguiente, la prensa conservadora respondió a su afirmación sobre el lugar del Islam en Alemania. Desde entonces, el problema ha provocado una división dentro de su propio partido, la CDU. Es cierto que, aunque la integración social de los trabajadores turcos y sus descendientes en general ha sido un éxito en Alemania, en algunas regiones económicamente deprimidas siguen existiendo barrios de inmigrantes problemáticos que se aíslan de la sociedad en general. Pero estos problemas han sido reconocidos y abordados por el gobierno alemán. La verdadera causa de preocupación es que, como muestran los incidentes de Sarrazin y Wulff, ciertos políticos calculadores están descubriendo que pueden desviar las ansiedades sociales de sus votantes incitándoles a una agresión étnica contra grupos sociales aún más débiles.

El mejor ejemplo es el Ministro-Presidente de Baviera, Horst Seehofer, quien ha declarado que los “inmigrantes de otras culturas” son perjudiciales y ha pedido que se detenga la inmigración proveniente “de Turquía y los países árabes”. Aunque las estadísticas muestran –en el saldo migratorio– una salida neta de personas de origen turco, Seehofer invoca la imagen fóbica de masas no reguladas de parásitos sociales que se agolpan en las redes de nuestro Estado de bienestar como una forma de obtener apoyo para sus propios objetivos políticos.

Sin duda, la mala costumbre de suscitar prejuicios políticos es un fenómeno que se extiende más allá de Alemania. En Alemania, al menos, nuestro gobierno no tiene que confiar en el apoyo de un populista de derecha como Geert Wilders, tal como sucede en los Países Bajos. A diferencia de Suiza, no se ha prohibido la construcción de minaretes. Y los datos comparativos de la encuesta europea sobre hostilidad hacia los inmigrantes no muestran cifras extremas para Alemania.

Pero los acontecimientos socio-políticos en Alemania, dada su horrible historia, no tienen necesariamente el mismo significado que en otros países. Entonces,

¿hay motivos para preocuparse de que la “antigua” mentalidad pueda experimentar un avivamiento?

Todo depende de lo que se entienda por “antiguo”. Lo que estamos viendo no es un renacimiento de las mentalidades de los años treinta. En cambio, es un reavivamiento de las controversias de principios de la década de 1990, cuando miles de refugiados llegaron de la antigua Yugoslavia, lo que provocó un debate sobre los solicitantes de asilo. La CDU y su partido hermano bávaro, la Unión Social Cristiana (CSU), respaldaron la posición de que Alemania no era “un país de inmigración”. Fue entonces cuando los albergues para refugiados comenzaron a arder en llamas e incluso los socialdemócratas cedieron terreno en el Parlamento, aceptando un mezquino compromiso sobre la ley de asilo.

Esa disputa ya fue estimulada por el sentimiento de una cultura nacional en peligro de extinción, que tenía que afirmarse como *cultura guía* a la que deberían plegarse todos los recién llegados. Sin embargo, la controversia de la década de 1990 también fue impulsada por el hecho de que Alemania se había reunificado recientemente y había llegado a la etapa final de un arduo camino hacia una mentalidad que proporciona los fundamentos necesarios para una comprensión liberal de la Constitución.

Hasta el día de hoy, la idea de la *cultura guía* depende de la idea errónea de que el Estado liberal debe exigir a sus inmigrantes algo más que aprender el idioma del país y respetar los principios constitucionales. Teníamos, y al parecer tenemos aún, que superar la opinión de que los inmigrantes supuestamente deben asimilar los «valores» de la cultura mayoritaria y adoptar sus «costumbres».

Que estemos experimentando una recaída en esta comprensión étnica de nuestra constitución liberal no es una buena noticia. No mejora las cosas que hoy en día la *cultura guía* no se defina tanto por la «cultura alemana» como por la religión. Con una arrogante apropiación del judaísmo, y un increíble desprecio por el destino que sufrieron los judíos en Alemania, los apologistas de la *cultura guía* apelan ahora a la «tradición judeocristiana», que «nos» distinguiría de los extranjeros.

Sin embargo, no tengo la impresión de que las invocaciones a la *cultura guía* reflejen algo más que una acción defensiva o que la caída de un ensayista en las trampas de la controversia sobre lo innato y lo adquirido haya dado un impulso duradero y generalizado a amalgamas más nocivas de xenofobia, sentimientos racistas de superioridad y darwinismo social. Los problemas de hoy han renovado las reacciones de ayer, pero no las de anteaer.

No subestimo el alcance del sentimiento nacionalista acumulado, un fenómeno que no se limita a Alemania. Pero a la luz de los acontecimientos actuales, hay otra tendencia de mayor preocupación: la creciente preferencia por figuras no

políticas en la escena política, que recuerda un rasgo dudoso de la cultura política alemana como es el rechazo de los partidos políticos y la política de partidos.

Durante la elección parlamentaria del Presidente Federal el verano pasado, Joachim Gauck, un activista de los derechos civiles sin experiencia política que no milita en ningún partido político, se presentó como el candidato opositor de Wulff, el político de carrera. Contra la mayoría del colegio electoral, Gauck, un pastor protestante con una historia de oposición al antiguo régimen de Alemania del Este, se ganó los corazones de la población en general y casi ganó la elección.²

El mismo anhelo de figuras carismáticas que están por encima de la confrontación política se puede ver en la desconcertante popularidad del aristocrático ministro de Defensa, Karl-Theodor zu Guttenberg, quien, con no mucho más que sus antecedentes familiares, modales pulidos y un vestuario juicioso ha logrado eclipsar la reputación de Merkel.³

Aún más preocupante es el tipo de protestas callejeras que presenciamos recientemente en Stuttgart, donde decenas de miles de personas se han manifestado en contra del plan de la corporación ferroviaria federal de demoler la antigua estación central de trenes. Las protestas que han continuado durante meses recuerdan la espontaneidad de la oposición extraparlamentaria de los años sesenta. Sin embargo, a diferencia de entonces, hoy en día las personas de todos los grupos de edad y sectores de la población están tomando las calles. El objetivo inmediato es conservador: preservar un mundo familiar en el que la política interviene como el brazo ejecutivo del supuesto progreso económico.

Sin embargo, en el fondo, hay un conflicto más profundo sobre la comprensión de la democracia en nuestro país. El gobierno del Estado de Baden-Württemberg, donde se encuentra Stuttgart, que ve las protestas de cerca, lo examina simplemente como una cuestión de si el gobierno está legalmente autorizado a planificar tales megaproyectos a largo plazo. En medio de la agitación, el presidente del Tribunal Constitucional Federal se apresuró a defender el proyecto argumentando que el público ya había votado hace 15 años y lo aprobó, y, por lo tanto, no tenía nada más que decir sobre su ejecución.

Pero desde entonces se ha descubierto que, de hecho, las autoridades no proporcionaron información suficiente en aquel momento y que, por lo tanto, los

2 Christian Wulff fue elegido Presidente de la RFA en junio de 2010, pero tuvo que dimitir en febrero de 2012 al ser investigado por corrupción y tráfico de influencias. En marzo de 2012 Joachim Gauck fue elegido Presidente de la República con el apoyo de todos los partidos políticos menos de *Die Linke* (comunistas). Se mantuvo en el cargo hasta el final de su mandato en marzo de 2017.

3 En marzo de 2011, Karl-Theodor zu Guttenberg tuvo que dimitir como Ministro de Defensa una vez que salió a la luz el caso de plagio en su tesis doctoral y la Universidad de Bayreuth le revocara su doctorado.

ciudadanos no tuvieron la oportunidad de hacerse una opinión informada en la que pudieran haber basado su elección. Pretender que ya no tienen más voz en el curso de los acontecimientos equivale a apoyarse en una comprensión formalista de la democracia. La pregunta sería ésta: ¿la participación en los procedimientos democráticos tiene solo el significado funcional de silenciar a una minoría derrotada, o tiene el significado deliberativo de incluir los argumentos de los ciudadanos en el proceso democrático de formación de la opinión y la voluntad?

Las motivaciones que subyacen a cada uno de los tres fenómenos –el miedo a los inmigrantes, la atracción por figuras carismáticas no políticas y la rebelión popular en Stuttgart– son diferentes. Pero se encuentran con el efecto acumulativo de un creciente malestar cuando se enfrentan a un sistema político replegado sobre sí mismo y cada vez más indefenso. Cuanto más se reduce el ámbito de acción de los gobiernos nacionales y cuanto más dócilmente la política se somete a lo que parecen ser imperativos económicos inevitables, más disminuye la confianza de la gente en una clase política resignada.

Estados Unidos ha elegido a un presidente que tiene una visión política lúcida, aunque también es asediado por doquier y enfrenta sentimientos cada vez más variados. Lo que necesitamos en Europa es una clase política revitalizada, que supere su propio derrotismo con un poco más de perspectiva, determinación y espíritu de cooperación. La democracia depende de la capacidad de la gente para creer que hay un cierto margen de maniobra para configurar el futuro y enfrentar todos sus desafíos.

ANEXO I

NINGUNA MUSULMANA ESTÁ OBLIGADA A DAR LA MANO AL SR. DE MAIZIÈRE*

JÜRGEN HABERMAS

El ministro del Interior [Thomas de Maizière], un político jurídicamente instruido, me sorprende. Una interpretación liberal de la Ley Fundamental es incompatible con la propagación de una «cultura guía» (*Leitkultur*) alemana. Una constitución liberal requiere que se diferencie entre la cultura mayoritaria tradicional en el país y una cultura política que sea igualmente accesible y aceptable para todos los ciudadanos. Su núcleo es la propia Constitución. Si es necesario,

* Este breve texto de Habermas fue publicado originalmente, con el título de “Keine Muslima muss Herrn die Maizière die Hand geben”, en el diario regional *Rheinische Post* (3 de mayo de 2017).

las minorías pueden incluso reclamar derechos culturales que les permitan preservar la integridad de su modo de vida en el marco de una cultura política común. Ninguna musulmana debería verse obligada a estrechar la mano, por ejemplo, del Sr. De Maizière.

Sin embargo, la sociedad civil debe esperar que los ciudadanos inmigrantes se involucren en la cultura política, incluso aunque esto no sea exigible en términos legales. Esto también incluye los contextos históricos de la nueva patria, desde donde se alimenta la autocomprensión de los ciudadanos y, sobre todo, la interpretación de los principios constitucionales. Pero en el flujo de una viva cultura democrática de debate, los contenidos de la cultura política no se entumescen. Los ciudadanos naturalizados, al igual que los antiguos ciudadanos, pueden contribuir con su propia voz al proceso de mejora y remodelación de estos contenidos. Hoy en día, escritores, directores de cine, actores, periodistas y académicos exitosos de las familias de antiguos “trabajadores invitados” turcos son los mejores ejemplos del poder definitorio de estas voces. Por lo tanto, los intentos de preservar legalmente una «cultura guía» no son sólo contradictorios con una comprensión liberal de los derechos fundamentales, sino también poco realistas.

ANEXO II

LOS DERECHOS DE ASILO SON DERECHOS HUMANOS*

JÜRGEN HABERMAS

DW: Profesor Habermas, el mundo moderno está constantemente experimentando cambios radicales y, por lo tanto, se enfrenta a nuevos desafíos. Tomemos el caso de la migración actual proveniente de Oriente Medio, de diversas partes de África o de los Balcanes Occidentales a Europa. ¿Cómo se debe o se tendría que reaccionar a ello desde la perspectiva de la filosofía?

Jürgen Habermas: el asilo es un derecho humano, y cualquier persona que solicite asilo político debe ser tratada con justicia y, llegado el caso, admitida con todas las consecuencias. Esa es fundamentalmente la respuesta, pero no es muy interesante en una situación así.

* Esta entrevista, de la que aquí tan sólo se reproduce un extracto, fue realizada por la *Deutsche Welle* (DW) el 1 de octubre de 2015. Fue editada bajo el título de “Asylrechte sind Menschenrechte”.

DW: *En la crisis de los refugiados, la Unión Europea está dividida como hacía mucho tiempo que no sucedía. ¿Es amenazante la erosión de los valores y convicciones que usted también ve en la UE?*

J.H.: Lo que sucede es la separación entre Gran Bretaña y algunos países de Europa del Este, por un lado, y el núcleo de la unión monetaria, por otro. Este conflicto era de esperar. Tiene que ver con la fecha de ingreso [en la UE]. Los muchos nuevos países del Este que se han adherido, aparte de las grandes diferencias económicas que siguen persistiendo, no tuvieron tiempo suficiente para experimentar un proceso de ajuste político-mental para el que nosotros (en Alemania) tuvimos 40 años, desde 1949 a 1989. Nos llevó bastante tiempo.

¡Alemania y Francia, que deberían haber adoptado hace tiempo una política europea mucho más activa con altura de miras, deberían tomar ahora la iniciativa para desarrollar una política europea en cuyo marco tendríamos que esperar cooperación en el tema de los refugiados! Se ha dejado dormir la crisis. Pero una cosa debo decir: durante muchos años no he estado tan satisfecho con nuestro gobierno como desde finales de septiembre. La frase de la Sra. Merkel, "Si ahora ya hace falta disculparse por mostrar una cara amistosa a los que necesitan nuestra ayuda, entonces éste ya no es mi país", me sorprendió en la misma medida en que me parece respetable.

DW: *Cuando cientos de miles de personas, muchas de ellas con diferentes cosmovisiones religiosas y culturales, afluyen hacia un país, el siguiente paso es la integración. ¿Existe una clave filosófica para una integración exitosa?*

Hay un terreno común en el que la integración debe tener lugar: la Constitución. Son principios que no están grabados en piedra, sino que deben ser discutidos en un amplio debate democrático. Creo que eso ahora va a empezar de nuevo entre nosotros. Debemos esperar que todos los que recibamos sigan nuestras leyes y aprendan nuestro idioma. Al menos en la segunda generación, debemos esperar que se consolide también un anclaje normativo de los principios de nuestra cultura política.